

CAPITULO XXXV
D. S. N. D. I.



EL TEMPLE

Lt Felipe G Rojas Madrid

extraídos de sus pechos, rodaron rojos y calientes sobre los suelos de las cárceles, atravesados por el puñal de los esbirros, pues no han quedado incruentas en el tiempo ni las causas de los reyes, ni las causas de los pueblos. Así, cuando el gran maestro Santiago Mollay, con su compañero en la muerte violenta, el Comendador de Normandía, espiraron ante los jardines de Felipe el Hermoso, achicharrados vivos dentro de una hoguera, cuyas voraces llamas tostaron sus carnes hasta carbonizarlas y deshicieron sus huesos en cenizas y en humo disiparon su sangre toda, emplazaran ante la divina justicia al Pontífice Clemente V, que les siguió un mes completo más tarde, y el Monarca Felipe IV, que les siguió medio año completo más tarde, todo el mundo vió en ello verdadera comprobación de que nadie puede penetrar los juicios de Dios y nadie distinguir si son castigos ó venganzas las cóleras del pueblo en los instantes supremos de la Historia.

Todos estos edificios medioevales, subsistentes en las edades modernas, guardaban signos reveladores de las transformaciones históricas, á la manera que guardan ciertas sobrepuestas capas terrestres señales indicativas de las transformaciones geológicas. Así vió el Temple los caballeros de Malta, orden anfibia, medio terrestre y medio marítima, remedando en lo posible la caballería templaria, pero sin resucitar su autoridad política y menos su fuerza grande social; vió levantarse palacios de príncipes á la sombra de torreonnes antiguos, cuando el patriciado se transformaba de militar en cortesano y servía de adorno á los reyes, sus enemigos, en festividades palaciegas; vió aquellas Cortes literarias y epicúreas del siglo décimo séptimo, donde se departía sobre la estética horaciana que precedieran á los salones científicos del siglo siguiente, donde se departía sobre los derechos humanos; vió la iniciación de Voltaire en el mundo, al comenzar en sus labios á dibujarse la célebre sonrisa, mucho antes de que llegase á la carcajada sarcástica, que sacudió con sus temblores y retemblores el trono y el altar; vió las larguezas del Príncipe Conti, alzado por favor y cédulas reales á percibir los rendimientos del gran priorato, larguezas con que acorrió alguna vez á Rousseau; vió las aventuras del Conde de Artois, ligero y aturdido príncipe, de una voluptuosidad, más escandalosa que criminal, echándose las de calavera, sin presentir cómo aquellas tan risibles y reídas calaveradas, debían llevar primero al descrédito, después al Temple, por último al cadalso, los reyes, sus hermanos, tan malheridos por sus deslenguados combates en la corte como por sus desastrosas defensas en la emigración. Los historiadores realistas recuerdan haber menudeado tanto las fiestas mundanas en el Palacio unido al Temple, bajo la dirección de Artois, que, al arribar los reyes prisioneros, todavía el aire olía de suyo á las pastillas quemadas en los pebeteros y todo el recinto semejaba despedir ecos y reverberaciones de fiesta, con los papeles de música tendidos sobre los pianos de cola, el arpa íntegra en un lado y apercibida como para que la tañeran divinos dedos, los centros de mesa reluciendo como á la hora del festín, y las arañas quebrando el rayo de sus bujías en los multicolores

cristales, como queriendo recordar á los cautivos recién llegados, cuán grande su dicha fuera dos lustros antes y cuán irreparable su desdicha cruel á la hora de su llegada. Pero, en razón de las varias órdenes militares y religiosas que habían ocupado aquel recinto y de los varios potentados que habían vivido en sus espacios, llegó á lo que llaman los franceses un gran dominio y nosotros una gran propiedad, poblándose por ventajas y privilegios dados á los que allí se refugiaban, para que ayudasen á llevar los dispendios al gran prior y á sostener las cargas y juros hasta suma de habitantes, como cuatro mil y más, los cuales componían una respetable población, exenta de ciertos servicios, población de que formaban parte integrante los quebrados y los estafadores, ó cumplidos ya en sus condenas, ó no alcanzados por las leyes. Al entrar la familia real bajo el grande portalón abovedado del recinto, creyó al pronto que la llevaban al torreón, pero, como para darle un último saboreo de su grandeza tradicional en los amargados labios, condujéronla seguidamente al Palacio. Un porche, lonja, ó loggia, que sustentaban gruesas columnas, abría paso al interior del edificio; un amplio patio distribuía el aire y el sol por sus habitaciones interiores en la debida proporción; dos escalinatas, de cinco escalones cada una, facilitaban el acceso á los pisos superiores, donde resplandecían la sala de guardias, ornadísima; y tras esta sala, un grande salón iluminado por seis ventanones abiertos sobre los jardines; una grande alcoba; el gabinete oriental ó turco más ó menos fantásticamente revestido de preseas asiáticas; la Biblioteca bastante rica por los libros y bastante virgen por los lectores; un baño magnífico y un horno extenso. Mas ¿para qué detenernos en tan inútiles descripciones, cuando los reyes trascurrirán de paso rápido por el Palacio y sólo permanecerán algún tiempo en los torreones apartados al Palacio anejos? Aquellos vastos dominios feudales convertidos en habitación y recreo de príncipes, como los pertenecientes á la casa real, formaban un pandemonium verdadero al arribo y llegada de Luis XVI con los suyos. Barracas como de campo, tenduchos como de feria, claustros mal conservados, rotondas mezquinas, prisiones aparejadas de antiguo y sombrías, campanarios góticos, torres tan viejas que una se denominaba torre de César, la Capilla del Santo Nombre de Jesús, la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, pasajes cubiertos y descubiertos, cuerpos de guardia, garitos y tabernas, una sacristía sacra junto á un militar muro, galerías fantásticas por su belleza junto á mercados sucios por los comestibles hacinadísimos, mazmorras de añejos tormentos y salones de baile regocijado: hé ahí el Temple. Por la gran puerta entraron los coches que conducían á los príncipes y bajaron éstos con su comitiva en los portones del palacio iluminado como cuando Artois lo poseía y celebraba en sus salas todas las grandes fiestas y los ruidosos bailes. No estaban dispuestos los calabozos de las torres á la hora del arribo, y por eso, con refinada crueldad, hicieron pasar los cautivos al Palacio. Pétiou, más dulce que á la vuelta de Varennes, alcalde todavía, y Santerre, más fino que de costumbre, todavía comandante, señalaron á las majestades caídas los salones

del Palacio donde aun se guardaba un destello del antiguo perdido regio esplendor. En Luis XVI, el temperamento patriarcal y las propensiones burguesas de tal modo á todo se sobreponían, que visitó el palacio cual si hubiera para siempre de permanecer en su seno. Inútilmente veía los guardias comuneros con la gorra puesta, el cigarro al labio, la pica en el puño; figurábase que le dejarían tal palacio para su habitación y aun imaginaba esto el menor punto de consideración que podían mostrarle. Así la ciega confianza del Rey en su autoridad, con la ciega inepticia de su entendimiento, lo pusieron en ridículo, pues, teniendo los comuneros la orden de trasladarlo y recluirlo dentro de sus cárceles, el Rey distribuía las habitaciones entre los codazos que se daban unos á otros los instruidos del secreto de su breve paso por aquellas espléndidas estancias. Antonieta y sus compañeras estuvieron más contenidas en la manifestación de sus deseos para quedarse allí, por lo cual cayeron menos en ridículo que la persona del Rey. Naturalmente resistió menos el sueño, entre los cautivos, quien, por su edad y por su movable crecimiento, lo necesitaba más, el Delfín que se caía; y un comunero lo cogió, lo tomó en brazos, lo condujo, acompañado de Madame Tourzel, por largas galerías, que á la institutriz le parecieron húmedos subterráneos, hasta la torre ceñuda y siniestra, donde se había de remarcar la cautividad.

El Rey sufrió un desengaño en su corazón que se ahorrara con un poco más de talento. La Reina, ni por un minuto descendió de su dignidad, pues nativa en ella, seguía como al cuerpo la sombra, por todas partes. No esperó quedar en habitación de suyo tan regia, y no sufrió nada con saber lo que ya calculaba su entendimiento y presentía su corazón. Dos hileras de milicianos cubrieron la travesía que mediaba entre los salones del palacio de Artois y los calabozos del torreoncillo cercano. Manuel, en tal dolorosa travesía, dorando un poco al infortunio su píldora, dijo que por la noche debían los reyes dormir en el castillo para estar más seguros; pero que á la mañana siguiente volverían al Palacio donde les quedaba tiempo de reunirse por los días y pasar la vida en familia. ¡Cuál diferencia de los salones donde aún brillaba el último resplandor de una corte fastuosa y los pasadizos negros alumbrados por linternas sordas colgadas de picas semejantes á víboras con ojos de lechuzas que conducían al castillo de los duelos y de los tormentos perdurables. La torrecilla del Temple, donde habían preparado á los cautivos habitación, era un cuadrado sombrío con otras dos torrecillas en la cumbre tan tristes y sombrías como todo su negro conjunto. Cuatro escalones ante una puertecilla muy angosta daban paso á estrecho vestíbulo terminado por una modestísima escalera. A izquierda y derecha se levantaban dos horribles hornacinas dispuestas para el alojamiento de los dos comuneros á quienes la Comunidad allí pusiera con expreso encargo de guardar á los reyes. Nunca como ahora podía inscribirse por los suelos el célebre «*Cave Canes*» de las romanas viviendas. La parte baja de aquel edificio, que constaba de cuatro pisos, componía un archivo repleto de papeles con una